

## EL AEDO EN LA *ODISEA*

Estudiar la evolución del concepto de poesía y de la figura del poeta en la literatura griega es una aventura apasionante. Muchos la han emprendido, los más sólo parcialmente, unos pocos con mayores ambiciones. Pero en esa historia, larga y compleja, siguen persistiendo puntos oscuros, de los cuales unos se deben sin duda a la insuficiencia de nuestras fuentes, y otros muy probablemente más bien a los defectos del propio análisis. De unos de estos puntos vamos a ocuparnos ahora.

Por lo general cuando se habla del aedo se habla del «aedo homérico» y, además, se suele englobar su problemática dentro de temas de amplio horizonte, como la poesía oral, etc., que creo han impedido que aquélla se plantee con el debido rigor. Por otra parte, existen también en este campo los usuales tópicos entorpecedores: por ejemplo, cuando se nos repite que si la *Iliada*, por comparación con la *Odisea*, nos proporciona tan escasos materiales sobre el aedo, ello responde sin duda a su temática guerrera; a que, por ser su escenario típico el campo de batalla, la presencia misma del aedo sería en él poco justificable. Explicación simplista que no debiera haber satisfecho a ningún filólogo y que, no obstante, es repetida de modo rutinario como un artículo de fe.

Los aedos homéricos (utilicemos por ahora el término convencional) nos informan con frecuencia sobre sí mismos. Esto en la poesía oral (y en la no oral por supuesto) es moneda corriente. Y sus informaciones, a su vez, pueden ser cotejadas y completadas con informaciones externas, como son las que nos proporcionan otros textos griegos y también otros dominios de la poesía oral. La suma de estos datos nos arroja bastante luz sobre estos profesionales altamente entrenados en una técnica muy compleja y que actuaban en ambientes aristocráticos y cortesanos, con un *status* prestigioso y muy verosímilmente con una cierta capacidad de influencia social, ya fuera por el poder de su palabra, ya por la presión de sus clanes o gremios y por ese mismo *status* ya adquirido. Estas características son un escollo importante para aquellas viejas ideas románticas sobre la «creación colectiva» o la «épica popular y anónima» y permiten igualmente ciertas dudas sobre la vigencia para el aedo homérico de la tesis del poeta-chamán (N. Chadwick, en

parte también M. Detienne), con su excesivo énfasis sobre la asociación poesía-profecía, etc.<sup>1</sup>

La fuente propiamente homérica sobre nuestro tema padece, como hemos recordado, un grave desequilibrio, al ser la *Odisea* nuestra principal proveedora de datos. Por tanto, si queremos expresarnos con precisión, es un tanto ilícito hablar genéricamente del aedo homérico, cuando deberíamos referirnos casi estrictamente al aedo odiseico. La consideración de ambos poemas como un bloque se revela en muchos aspectos cada vez más pernicioso, ya que una atenta lectura nos muestra día a día las profundas diferencias que se acusan entre ambos textos<sup>2</sup>.

Ahora bien, el desequilibrio entre los datos que nos proporcionan la *Iliada* y la *Odisea* no es sólo una cuestión de cantidad, como podría derivarse de aquella justificación que hemos censurado por inoperante. Es básicamente además una diferencia cualitativa, que puede explicitarse de este modo: la *Odisea* nos ofrece materiales no sólo abundantes y de gran riqueza sino por lo general *de tono muy positivo*, en tanto que la *Iliada* no ya nos restringe al mínimo cualquier posible noticia sino que, incluso cuando el contexto daría indudablemente pie para facilitarlas, el tono empleado no pasa de ser el que podríamos calificar de *neutro*<sup>3</sup>.

En cuanto al nivel cuantitativo (si pudiera hablarse estrictamente aquí de cantidades), no hay comparación posible. No es hora de hacer un catálogo de pasajes, pero, en cuanto a la *Iliada*, baste decir que incluso entre los pocos en que aparece el término ἀοιδός en alguno (como XXIV 720) no se trata sin duda de aedos épicos y algún otro (así XVIII 604 = *Od.* IV 17) es tan discutible en su transmisión como es fugaz la presencia del aedo citado. El único profesional que se menciona por su nombre es Támiris (II 594 ss.), en una digresión, y no parece justificado en modo alguno una razonable equiparación de su personalidad con las de un Femio o un Demódoco<sup>4</sup>. La frecuencia, en cambio, con que aparece el término en la *Odisea* es muy alta, pero no es esto sólo lo

<sup>1</sup> Sobre esta asociación cf. muy especialmente autores como M. TREU («Von der Weisheit der Dichter», *Gymnasium* 72, 1965, 433-449) y M. DETIENNE (*Les maîtres de vérité*, París, 1981<sup>2</sup>). Para una valiosa visión de conjunto del tema vid. R. FINNEGAN, *Oral Poetry. Its nature, significance and social context*, Cambridge, 1977.

<sup>2</sup> Cf. sólo a título de ejemplo el estudio de S. G. FARRON, «The Odyssey as an anti-aristocratic statement», *Studies in Antiquity* 1, 1, 1979-80, 59-101.

<sup>3</sup> *Neutro* en el sentido de que, aunque esté implícita una posible alusión a los aedos, no se subraya en absoluto el papel de éstos, ni son el centro de atención del relato. Por supuesto tal neutralidad se da igualmente en la *Odisea*. Cf. casos como II. VI 357 s. (*Od.* VIII 580, XXIV 197 s., comparables), XX 203, XXII 305, etc.

<sup>4</sup> En todo caso la relación de aquél con las Musas lo sitúa en una posición totalmente atípica.

notable. Lo es más aún, en primer lugar, la extensión misma de los textos en que el aedo desempeña un papel propio y, en segundo lugar, el tono tan esencialmente *positivo* de esos pasajes respecto a él. En suma, una mínima presencia, desdeñable en la práctica, en la *Iliada*, coincide con una mínima o nula relevancia, como si la índole de este poema rechazara la presencia física del aedo como personaje del relato (justificación tradicional), pero también como si no hubiera interés en él, en la simple mención del poeta y de su función de portavoz inspirado de la gesta, lo que ya escapa a esa misma explicación tradicional<sup>5</sup>. En la *Odisea*, por el contrario, se nos ofrecen hasta muchos pormenores de su actuación, se le acepta como personaje de relieve y desde luego se le sitúa (por contraste con lo que ocurre en la *Iliada*) bajo una luz franca y sospechosamente favorable. De todos, es este tercer aspecto el que más nos importa ahora, puesto que en boca del propio aedo esta valoración positiva y estos elogios son naturalmente autovaloración y autoelogios. Y es importante subrayar que lo que de un modo prácticamente sistemático se valora y elogia en el aedo es su calidad de perfecto profesional, de cumplido poeta cortesano. Es evidente que Demódoco y Femio tienen su particular relieve como tales aedos, y cualquier otra faceta de sus papeles en el relato épico es apenas resaltable. Por lo cual parece lógico concluir que si hubo alguna más o menos hipotética intención en este comportamiento, esa intención debe estar en línea con la realidad y la categoría (real o deseada) de su propia profesión.

Pero conviene también tener en cuenta que los textos no son siempre manifestaciones simples de esa hipotética intención y que el problema posee una gran complejidad. Hay dos pasajes que, a mi modo de ver, aportan a ese énfasis del aedo sobre su actividad profesional una dimensión mayor y más difícil de captar. El primero de ellos, sin embargo, por las manifestaciones más explícitas que en él se dan es más fácil de situar en el contexto de nuestra discusión. Se trata de texto del canto XXII en que, luego de haber Odiseo exterminado a los pretendientes, llega la hora de imponer un castigo a quienes de algún modo han estado a su servicio y entonces (vv. 310 ss.) aparecen como víctimas inmediatas de su venganza tres personajes de cierto relieve: el adivino, el aedo Femio y el heraldo. Pues bien, mientras sus ruegos y protestas de inocencia<sup>6</sup> no le sirven de nada al respetable adivino, en cambio los otros dos,

<sup>5</sup> Dejo de lado el tema de las invocaciones, que se dan por igual en ambos poemas y cuyo estudio requeriría un tratamiento independiente.

<sup>6</sup> En XXI 146 s. se nos ha informado previamente de su conducta intachable.

amparados por Telémaco, escapan a la muerte. Importa mucho hacer notar que, objetivamente, la situación del aedo y del adivino (dejemos de lado al heraldo) es idéntica: ambos han servido a los pretendientes. Pero el desenlace es dramáticamente muy distinto. Las palabras con que el aedo suplica su perdón incluyen por supuesto una referencia a su inspiración divina, pero de hecho este mismo argumento podría haber amparado al adivino, si en la composición del relato la intención respecto a su destino hubiese sido otra. Es cierto, por otra parte, que puede alegarse que al aedo lo salva estrictamente la intervención de Telémaco. Pero en el pasaje hay otros elementos que hacen que este hecho sea importante sólo desde el punto de vista del argumento del relato. Al respecto merecen ser comparadas las frases puestas en boca del adivino y del aedo cuando ambos piden por su vida: en las del primero (312 ss.) es la proclama de su inocencia la que ocupa un lugar prioritario y llena prácticamente su discurso; en las del aedo (344 ss.) la mitad en cambio al menos está referida a su profesión, incluyendo por supuesto la referencia tradicional a su inspiración divina, ya citada<sup>7</sup>. Y es esto lo que merece ser subrayado, puesto que coincide perfectamente con el motivo tan reiterado y enfatizado a lo largo del poema.

El otro texto pertenece al canto III (267 ss.), cuando Agamenón parte para la guerra y deja como una especie de tutor de su esposa, aunque sea sin un poder efectivo al parecer, a un innominado aedo<sup>8</sup>, verosíblemente un poeta cortesano como Femio y Demódoco. Es un episodio sin paralelos y su sentido ha preocupado a muchos estudiosos y ha llevado en ocasiones también a hipótesis indemostrables<sup>9</sup>. Desde luego se ha de reconocer que esta situación es, al menos en apariencia, muy anómala dentro de los poemas homéricos. Pero lo es o lo parece precisamente porque se la analiza de manera aislada, luego de comprobar (lo que es un procedimiento simplista) que no hay otros pasajes en que un aedo ejerza una tutoría semejante. Pero no porque, a la luz de lo que sobre el aedo y su situación nos enseña la *Odisea*, un episodio como

<sup>7</sup> La expresión αὐτοδίδακτος δ' εἰμί ha sido mal interpretada con frecuencia, seguramente por haber sido separada de su contexto (sigue θεὸς δέ μοι... / ἐνέφουσε...), e incluso se ha pretendido ver en ella la afirmación de la originalidad individual del aedo (cf. por ejemplo H. FRÄNKEL, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentum*, New York, 1951, p. 26 n. 26).

<sup>8</sup> Como se sabe la tradición trató de descifrar tal anonimato creando una serie de leyendas en torno a este personaje, que ahora no nos interesan en absoluto.

<sup>9</sup> Por ejemplo, que refleja la honrosa situación del aedo en la sociedad micénica: cf. T. B. L. WEBSTER, *From Mycenaean to Homer*, New York, 1964<sup>2</sup>, pp. 129 ss. Para un estudio del pasaje vid. S. P. SCULLY, «The Bard as the custodian of Homeric Society: *Odyssey* 3, 263-272», *QUCC* 8, 1981, 67-83, con cuyas conclusiones estoy sólo parcialmente de acuerdo.

éste sea incompatible, ni mucho menos, con la consideración de que es objeto en ella el poeta.

En cierto modo ambos textos se complementan. En el primero se pone de relieve el carácter profesional del aedo, inspirado por los dioses, todo ello como argumento invocado en defensa de su vida; en el segundo el aedo aparece respaldado por un prestigio moral<sup>10</sup>, perfectamente en consonancia con el respeto de que goza en el resto del poema. Con ambos pasajes se nos resumen en realidad las dos facetas principales de su figura: el carisma moral y el relieve profesional. Pero habida cuenta de que a lo largo del poema es el segundo el que es más continuamente realzado y esto precisamente en un texto en que el poeta recibe una consideración muy cercana a la del héroe, narrador él mismo y elogiado como tal, por su arte narrativo, como un aedo (XI 367 s.)<sup>11</sup>. Desde esta perspectiva la distancia que separa al aedo odiseico de las prácticas autoprestigiadoras de los poetas corales no es tan grande como suele creerse. Éstos han depurado sin duda los métodos de presentación explícita de su rango moral y profesional, pero la base del fenómeno es idéntica y la situación y la conciencia del valor de su arte alcanzada por aquéllos sirve de perfecta referencia para una mejor comprensión de muchos lugares de la *Odisea* como documentos sobre un real esfuerzo por expresar un sentimiento de autovaloración profesional<sup>12</sup>. De este modo podemos apreciar cabalmente no sólo unos textos que no ofrecen dudas en cuanto al significado de esa autovaloración, sino también otros, como los dos citados, en apariencia aislados en el relato.

Y, para terminar, podríamos volver a plantearnos la inicial cuestión de la diferencia entre la *Iliada* y la *Odisea* a este respecto. Es lógico que las respuestas puedan ser diversas, pero parece razonable que la más correcta apunte en la dirección que aquí se ha señalado. En el momento de la composición de la *Odisea* (entiéndase como se desee el modo de esta composición) se habría alcanzado una conciencia de la función del

<sup>10</sup> No es tan seguro en cambio que la base de este prestigio sea estrictamente la defendida por SCULLY, *l.c.*, como depósito de la tradición. Probablemente el hecho es más complejo.

<sup>11</sup> Sobre el tema son interesantes las observaciones de TH. BERRES, «Das zeitliche Verhältnis von Theogonie und Odyssee. Ein verborgenes 'Selbstporträt' des Odysseedichters», *Hermes* 103, 1975, 129-143.

<sup>12</sup> En este contexto global deberían ser reexaminados también dos lugares odiseicos muy debatidos: uno es aquel (VIII 481) en que se emplea la curiosa expresión  $\phi\upsilon\lambda\omicron\nu\ \acute{\alpha}\omicron\iota\delta\acute{\omicron}\nu$ , única en su género en el texto homérico y que ronda, a pesar de todas las reservas posibles, el sentido de grupo o gremio; y otro el correspondiente a XVII 383 ss., en que el aedo es mencionado entre los  $\delta\eta\mu\iota\omicron\epsilon\rho\gamma\omicron\iota$ , también sin paralelo alguno en sentido estricto, pero complementario del anterior.

aedo que antes no se poseía y, a la vez, una conciencia del papel social y del prestigio inherente. Y tal vez también porque el respaldo religioso había comenzado a entrar en crisis y era necesario buscar otros medios de defender ese prestigio profesional. Pero todo esto desborda ya los límites que aquí me había trazado.

Máximo BRIOSO SÁNCHEZ

*Universidad de Sevilla*